



F MISTRAL

FEDERICO MISTRAL

**F**ÉLIBREME Dios, bellas lectoras y discretos lectores, de pretender descubrirnos á estas fechas á Mistral, el poeta de la Provenza, el cantor de *Mireya*, *Calendau*, *NERTO*, *Lou Rose*, *Lou Isclo d'or* y pacientísimo compilador de *Lou Tresor dou Felibrige*...

La fama y la gloria del poeta por antonomasia, son universales, llenan el mundo: lo mismo en las populosas urbes que en las villas rurales, no hay un intelectual que no se descubra respetuosamente al nombrar al autor de la delicadísima flor de la Crau, la sin par Mireya.

Muchos años ha yo le admiro y no puedo olvidar un hecho que vá unido con el nombre de Mistral á los días felices, y pasados por desdicha, de mi primera juventud, casi de mi adolescencia.

Deseaba yo, ávido de vida, de luz y de

ideas, conocer, intimar en la soledad de mi cuartito de estudio como en mis paseos por las huertas y playas levantinas, con los más grandes poetas de la humanidad. Y tras Homero, Virgilio y Ovidio, vinieron á mi pequeña biblioteca los clásicos castellanos en formidable legión. Luego, hubieron de estrecharse las filas de estos para hacer lugar al Dante, á Goethe, á Heine, á Musset, á Mistral... Ansiaba beber inspiración en las propias fuentes donde ellos humedecieron sus labios ardorosos; pero como muchas veces mi bolsa de estudiante no bastaba á proveerme de libros nuevos y flamantes, acudía á los puestos de libros viejos donde solía encontrar ejemplares casi incólumes, muchas veces sin cortar las hojas, de mis autores queridos.

Tal ocurrió unas vacaciones de Pascua, con un libro de Mistral, modestamente encuadernado pero conservado con cariño; sus hojas albas demostraban que el libro no estaba manoseado, pero sí muy leído, por ciertas indefectibles señales, como notas apostillas... y huellas del color y de la impresión de algunas flores entre sus páginas.—¿De quién había sido el libro? ¿Por qué estimándolo tanto su dueño fué á parar á manos del mercader de libros viejos?—iba yo pensando camino de mi casa.

El libro era *Mireya* y tenía algo de singular, que aun hoy me lo hace estimar sobre todas las ediciones de lujo é ilustradas que adquirí después de la idílica y trágica historia de Vicente, el cesterero, y de Mireya, la zagala. Y el encanto que para mí tiene aquel ejemplar, que es de una de las primeras ediciones en lengua castellana, consiste en que en la página en blanco frente á la dedicatoria de Mistral al poeta Lamartine, una mano desconocida había escrito con pequeños y correctos, pero seguros trazos:

«El más hermoso día de mi vida feliz, ha sido esta mañana de primavera en que comencé la lectura de Mireya.

»Los dos primeros cantos han hecho reverdecer, como soplo de Abril, los deliciosos recuerdos que guarda aprisionados mi alma, y aletear en ella otra vez, mi primer beso de amor.

»¡Yo también amé y sufrí como Vicente!...

»¡Mistral, Mistral! ¿Dónde está Mireya?»

¿Quién sería la Mireya desconocida del incógnito comentador de Mistral?

¿Qué alma dolorida aleteó de pena y de gozo, como la mariposa que ha perdido el oro de sus alas, al leer en el poema del cantor provenzal tal vez su propia historia? Lo ignoro. La nota manuscrita lleva á guisa de firma, una fe-

cha: 17 de abril de 1891. Pero yo, que prefiero soñar despierto y forjar historias imaginativas cuando me repugnan las que la realidad me ofrece, guardo con amor y respeto, y como oro en paño, aquel sagrado ejemplar de *Mireya*, santificado por el dolor de un alma romántica que dejó en él la huella de una pena íntima y el testimonio de su admiración ingénuo por el poeta de Provenza.

Figuráos, bella lectora y discreto lector, con cuánta ánsia y romántica curiosidad comenzaría yo á leer el poema que tan honda sensación había causado en aquella alma desconocida, sincera y noble... Y desde entonces yo también admiro y amo al poeta provenzal que sabe hacer llorar, sentir y amar á sus lectores, como la vida sabe hacer amar, sentir y llorar á los hombres...

¡Dichoso y augusto el poeta que posee el divino poder de hacer soñar á los hombres y les eleva un poco sobre el limo cenagoso de la vida!

## II

Hablar de Federico Mistral y no evocar el magnífico retrato que de él trazó la pluma de otro poeta insigne, parece-me cosa imposible.

Teodoro Llorente visitó en 1906 en su casa y en su jardín de Mailane al autor de NERTO y escribió una ingénuo semblanza del poeta. Evoca su primera entrevista con Mistral en 1863, en Barcelona en unos Juegos Florales y en las montañas de Montserrat y retrata así al gallardo mozo:

«Mistral estaba entonces en la fuerza de la edad y en el apogeo de su gloria. La reciente publicación de su poema *Calendau*, confirmó el repentino prestigio que le dió *Mireya*. Era un hombre alto, robusto y bien plantado, de correctas facciones, buen color, bigote y perilla que le daban algo de aspecto militar, revelando á la vez al campesino la salud y la fuerza que respiraba toda su persona. Aún lo estoy viendo como se me apareció entonces: cubierta la cabeza con un sombrero de fieltro de anchas alas, vistiendo un chaquetón de pana y anudada al cuello larga corbata flotante. Bajo aquel campestre atavío se adivinaba algo superior, el *quid divinum* de los poetas de verdad; no se necesitaba forzar demasiado la imaginación para encontrar mucho de Apolo y algo también de Hércules, en quien entonces era llamado ya con helénica frase: el Homero de Provenza.

»Le ví por vez segunda diez años después y en días no menos solemnes.



MONTEFRÍO, N. L.

Organizado ya el *felibrige* y siendo su *capoulié* el autor de *Mireya*, iban á inaugurarse en Montpellier los Juegos Florales de Provenza, y habían sido llamados á aquellas *Fiestas latinas* (así se titularon) los poetas de la nueva federación literaria. Entonces fui yo el único representante de los valencianos. Mistral estaba de nuevos plácemes. Se había casado con una joven hermosísima, casamiento por amor, que prometía hacerle feliz y que cumplió su promesa. Madame Mistral fué elegida en aquellos Juegos Florales Reina de los felibres. Aun suenan en mis oídos los aplausos atronadores con que fué recibida la elección, y aun estoy viendo á la joven y bella reina, vestida de arlesiana, traje que tiene alguna semejanza con el de nuestras antiguas labradoras valencianas, y que, como éste, á las mujeres hermosas las hace más hermosas. Recuerdo todavía las palabras con que Alberto Quintana, un trovador romántico, todo nervios y todo espíritu, hizo la proclamación de aquella poética soberanía en nombre de Aleixandri, el poeta rumano, que ganó la flor natural: «Porque sois bella, porque sois buena y porque sois la esposa de Mistral, os proclamo Reina de los felibres».

Veinticinco años han pasado desde entonces. No había vuelto á ver al

Homero de Provenza, y ardía en deseos de estrechar la mano, que con tanta cordialidad me había tendido. Deseaba verle en su modesta casa solariega, en aquella por él famosa aldea de Maiano (en provenzal, en francés *Maillane*) donde vive tranquilo, aparentemente obscurecido; pero llenando con su gloria toda la Provenza, toda la Francia, é irradiándola á todo el mundo culto. Ese deseo pude al fin realizarlo. Por eso, más que por otra cosa, arreglé el itinerario de mi viaje de modo que pasara por Avignón.

»Maillane está situada á quince kilómetros de esta capital. Mediaba ya la tarde cuando salimos por la puerta de San Miguel, dejando atrás las hermosas torres góticas de la antigua muralla...

»A media hora de camino se nos presentó el Ródano, *Lou Rose*, asunto de uno de los poemas del gran vate de Provenza...

»Llegamos á una aldea de aspecto muy rural, con las casas de piedra tosca y rojizas tejas...

»Maillane estaba algunos kilómetros más allá... Por fin llegamos á nuestra Meca; otra aldea parecida á la anterior se nos presentó á la vista. Era una aglomeración irregular de casas rústicas. Paró el coche en una plazoleta con unos cuantos árboles y nos apeamos. A los

pocos pasos estaba la casa del autor de *Mireya*.

»Distinguíase de todas las que le rodeaban: yo imaginé que sería una holgada y sencilla mansión de campesino acomodado, y me sorprendió encontrar un pequeño, pero elegante *hotel*, que sobresalía algo, no mucho, de los árboles que, muy ceñidos al edificio, por todas partes le rodeaban. Cercaba aquel umbroso jardín cuadrado una verja de hierro.

» -Aquí vive Mr. Mistral—nos dijo el cochero.

»Tocamos un timbre y salieron de la casa dos perros negros de mediana talla y detrás de ellos una señora de noble apostura y aspecto simpático. A pesar de los veinticinco años transcurridos, reconocí en ella á la hermosa reina de los felibres, proclamada en Montpellier. Ella misma nos abrió la puerta, risueña y agasajadora. Llevaba al cuello, como broche, la *Cigarra de oro*.—Nos esperaban—pensé;—llegó á tiempo el aviso de nuestra visita.

»¡Cuán grata impresión recibí al ver á Mistral, que salió á nuestro encuentro, besándome en la mejilla, según la costumbre francesa, y estrechándome entre sus brazos! Sabía que cuenta 72 años cumplidos; temía encontrar vencido y encorvado por la edad á aquel gallardo

mocetón de los Juegos Florales de Barcelona. Nada de eso. Representa á lo más sesenta años; se ha despejado su frente; su cabellera, ya escasa, cae atrás en guedejas grises; está algo lacio su bigote canoso; pero relampaguean sus ojos con la viveza de la juventud, y su semblante sano, de hombre de campo, respira agradable placidez. Erguido y firme el viejo poeta, como un veterano todavía robusto y ágil, aun puede aplicársele el símil mitológico que empleé más arriba, de la gallardía de Apolo y el vigor de Hércules.

.....  
Era hora de partir. Salimos al jardín. —Todos estos árboles—me dijo,—los hemos plantado mi mujer y yo.—Refirióme que aquel pequeño *hotel* lo había construído al lado mismo de la casa de sus padres, y nos mostró aquel sencillo edificio lugareño, igual á casi todos los de la aldea. —Allí—añadió—escribí los últimos cantos de *Mireya*, y han puesto una inscripción que lo recuerda; pero mi casa natal no es esa. Yo soy completamente campesino; nací en plena campiña, en un *mas* de mis abuelos.

Ibamos á salir y nos detuvo un momento. Cortó ramas de laurel y me las dió, diciendo:—Para el poeta de Valencia; para los poetas de *Lo Rat Penat*.—Al mismo tiempo madame Mistral daba

á mi mujer y á mi hija unas ramas de mirto y les decía:

—Tomadlas en recuerdo mío: el mirto es símbolo de amor y de cariño.

Decían y hacían ambos esposos esto con naturalidad completa, sin ninguna *pose*, ni afectación. Aquella despedida me impresionó mucho.»

### III

Ya conocéis al poeta en su juventud, y en su intimidad, ya anciano cargado de laureles gloriosos que da á manos llenas á sus buenos camaradas los poetas levantinos, junto con el mirto símbolo del amor...

Pero detengámonos aún un breve momento en la pobre antesala de este libro magnífico; hablemos de él aún, de sus obras, de NERTO.

Todos habéis leído *Mireya*. ¿Quién no ama y recuerda los idílicos amores de Vicente y la gentil zagala de las Almezas y su trágico fin? ¿Quién no ha soñado con las brujas de Taven y la Cabra de oro, con las Danzas de los duendes en Trinquetaille, con la leyenda de las tres Marías y otras leyendas provenzales que perfuman el libro con la vaguedad y el encanto de su poético misterio? Indudablemente todas las gentiles ad-

miradoras de Mistral y todos los amantes de *Mireya*, que son legión en España.

Pero NERTO, la leyenda de la linda baronesa de Castel-Renard y de Rodrigo de Luna, es desconocida aún al menos para aquellos lectores que no conocen el provenzal, el catalán y el francés. NERTO no estaba traducida aún al castellano y ésta ha sido la grata tarea que nos confió el cariño y la solicitud del inteligentísimo editor de esta Biblioteca.

«En *Mireya* predomina la naturaleza y en *Calendau*, en mi sentir, la imaginación» dice el propio Mistral en el prefacio de *Lis Isclo d'Or*. En NERTO imaginación y natura, poesía y observación están en tan bella y equilibrada proporción que sin reparo alguno puede afirmarse que es una de las más perfectas obras de la literatura contemporánea, tal vez la más acabada de Mistral.

Aquello que el pontífice del naturalismo llamó *el sentido de lo real*, se admira en NERTO con toda la asombrosa verdad y delicada poesía con que nos lo suele ofrecer la misma vida. La ficción novelesca no lo parece: al abrir las páginas de NERTO diréis que se os abren de par en par las puertas de la Aviñón de los Papas; al enfrascaros en la lectura de los sugestivos capítulos de la leyenda medio-eval pensaréis que dis-

currís por las callejas de la ciudad de Benedicto Trece y que andáis á codazos con los caballeros, mercaderes, peregrinos, soldados, marineros, poetas, obispos, aventureros y cardenales que formaban la corte del anti-papa y la población aviñonesa. Si os distraéis oyendo las canciones que los trovadores entonan bajo las ventanas de las damas galantes os arrollará una turba de desarrapados que persigue á un judío... La visión del palacio papal; de las clásicas hosterías; del vasto cementerio de los Aliscamps junto al Ródano, por cuyo cauce no era raro ver «navegando» un ataúd «con el dinero encima para pagar la sepultura;» del castillo de Nerto, con sus amplias cámaras frías y tristes desde la muerte de la condesa, habitadas sólo por la gentil castellana de las trenzas de oro, y doña Sibila entregadas á la lectura del «Breviario del Amor» en el mirador de la gótica torre alumbrada por el sol poniente; los juegos de esgrima, de la sortija, y los banquetes con que los nobles provenzales celebraron su victoria sobre Raimundo de Turena; toda la clara y justa visión de la edad-media provenzal parece realidad evocada por la fantasía del poeta y que la historia dócil y sumisa á los conjuros de la poesía ha reconstruído con todo su ambiente y colorido una época y una raza.

La corte de Luis II; el fastuoso casamiento del rey con Violante de Aragón; la fiesta en las Arenas con su inesperado y trágico final; la cabalgata de damas y caballeros que sigue á los reales novios desde Castel-Renard hasta Arlés, cazando con sus halcones, pisando las mieses con sus alazanes, enamorando los donceles á las ricas-hembras; la vida monacal en los conventos de damas nobles; la profesión de Nerto apadrinada por los reyes y consagrada por el Papa, y el rapto de la novicia, son cuadros de una exactitud, de un vigor y colorido tales que confirman y demuestran que Mistral posee en tan alto grado como lo poseyeron Flaubert, Louys, Sienkewicz en *Salambó*, *Afrodita* y *Quo Vadis*.

Aviñón vive en las páginas de NERTO como viven Cartago, Alejandria y Roma en las novelas citadas. Y no cede NERTO á ellas en la pintura del medio, de las costumbres de los caracteres, de la indumentaria; en la evocación de las legendarias proezas, de los sueños y supersticiones de aquella sociedad cuatrocenista. Todo está estudiado, observado, reproducido con exactitud prolija por el historiador; todo está visto, sentido, adivinado por el poeta. NERTO vertida en prosa, (aparte, naturalmente, la modesta labor literaria del traductor), es una novela arqueológica del valer



literario de las más renombradas de este difícil género novelesco en el que, fuera de aquellas obras maestras que se titulan *Salambó*, *Espartaco*, *Afrodita*, *¿Quo vadis?*, *Jone* y *NERTO* y algunas otras, pocas por desgracia, apenas encontraréis alguno que otro plagio de éstas, alguna que otra parodia caricaturesca de los grandes maestros.

Los caracteres están soberbia y desenfadadamente dibujados, esculpidos diría mejor. La clásica testarudez de Pedro de Luna, firme y erguido en su roca de Aviñón desafiando al mundo entero con estas palabras, que parecían la divisa del papa aragonés:

—«¡No bajaré jamás! ¡Papa soy... y papa moriré!», la cándida inocencia de la gentil Nerto, «pobre golondrina con las alas mojadas y empujada de una á otra nube por la tempestad»; la depravación de su padre el barón Pons, empedernido jugador, noble arruinado que vende al diablo el alma de su hija á cambio de un montón de oro; las andanzas truhanescas del tenorio aragonés Rodrigo de Luna, carácter entreverado de rufián y de caballero, romántico por añadidura; la majestuosa figura del rey provenzal Luis II y la de su noble esposa la princesa Violante «cuyos ojos funden la nieve», hasta maese Bouisset, el ciudadano de Arlés, agrimensor y cronista,

portavoz del pueblo arlesiano en las fiestas régias, todos los caracteres son figuras reales y vivientes arrancadas del marco de la historia, para revivir otra vez al impulso de la inspiración del poeta como antaño lo fueron por sus propias pasiones.

Revélase también Mistral en *NERTO* como delicado y fino humorista, á la manera cervantina diríamos si no tuviera más cerca de él la gran figura del maestro en ironías Alfonso Daudet. Tal vez sin proponérselo, para mayor mérito y fortuna literarios, Mistral descubre un espíritu ático, sutil é ingenioso, para la delicada ironía, que alcanza grados de sublimidad cuando interviene en la leyenda el elemento sobrenatural diabólico.

En el apasionado é ingénuo corazón de la doncella Nerto, cuya ciencia no iba más allá de la contenida en el *Breviario del Amor*, libran reñida y singular batalla el amor y la superstición, Rodrigo de Luna y el Diablo; la pasión la inclina á Rodrigo; el miedo al Diablo le hace profesar en un convento; pero el amor ó el Diablo la arrojan por fin en los brazos del apuesto sobrino del papa Luna. Y en este momento dice sutilmente irónico Rodrigo, al llevarse á su castillo á la atribulada novicia:

—«Estamos en el castillo del Diablo...

No tengas miedo: es mi amigo. Cuando el buen Dios duerme, alguien ha de gobernar el mundo. Y bueno es poseer el poder ya nos venga del Olimpo ya del Averno.»

En el ligero y desenfadado prefacio de la leyenda, que lleva por título: «El diablo pone la piedra», también Mistral se revela como refinado y original humorista de tan buena cepa que para encontrarle igual hay que remontarse á Goethe y á Cervantes. Y acaso, acaso la clave de la intervención del elemento sobrenatural diabólico en el poema, esté en la exclamación que Rodrigo, el sobrino del papa, lanza al profanar la clausura:

—¡Al lobo! ¿Llamáis al diablo? ¡Aquí está! —y coge entre sus nervudos brazos al delicado lirio provenzal que acababa de pronunciar sus votos por consejo del Papa, para librarse del poder del Diabolo, y huye con tan preciosa carga.

Mistral hace desempeñar al diablo «un lucido papel» en la leyenda, presentándole como un personaje real de carne y hueso; es un acierto afortunado, pase el pleonasma, de Mistral en NERTO, como lo fué de Goethe en *Fausto*. Aquellas gentes, nobles y plebeyas cristianos y judíos, creían en la omnipotencia del Diabolo; «lo sentían.» lo llamaban en sus apuros y conflictos y efec-

tivamente, el Diabolo acudía en figura de judío prestamista, de rufián asesino, de caballero raptor, de fraile casamentero, á servir á su señor; la recompensa era la condenación eterna, las llamas infernales... Era preciso, pues, repartir al Diabolo un lucido papel y sacarlo á escena en la hermosa leyenda con su negra capa bordada de oropel y la clásica pluma roja en su montera. El Diabolo está en el escenario haciendo de las suyas.. Ya no falta nada para la exacta pintura histórica de los pueblos y las razas medioevales. Mistral es en NERTO tan gran poeta, como profundo filósofo conocedor del corazón humano...

Homero hizo intervenir en las luchas de los héroes de sus poemas, á los Dioses en quienes ellos creían y les hacía tomar diverso partido en pro y en contra de griegos y troyanos, según convenía al desarrollo de la fábula, con certero instinto psicológico. Si la concepción del arcángel caído hubiera existido ya en la literatura y en la filosofía helénicas, el Diabolo hubiera aleteado sobre los muros de Troya como extendió sus alas sobre las torres de la Aviñón de los Papas..

## VI

Muy pocas palabras sobre la originalidad de NERTO. Las precisas.

Consiguió Mistral su indiscutible originalidad en todas sus obras, porque posee, como todos los genios, sincera y espontánea expresión personal no aprendida, no imitada; pero sí perfeccionada en cada sucesiva obra; y en NERTO, aquella su desenfadada expresión personal, campea ya como maravilla del ingenio humano, lo mismo al dibujar los caracteres, al bucear en las almas y al describir el medio, que al deslizar la sutil ironía. Esto en cuanto al estilo.

En lo tocante á la originalidad del asunto, justo es decir que algunos críticos hacen notar la admiración que siente Mistral por los poetas griegos y el parentesco meramente espiritual de *Mireya* con *Dafnis y Cloe*. Es cierto. Cloe y Mireya se parecen como se parecen el cielo de Lesbos y el cielo de Provenza; nada más. Pero NERTO no se semeja á obra alguna, ni está inspirado en ninguna literatura. Por esto la tengo por la obra más sincera y perfecta de Mistral; y por la misma razón la ofrezco hoy traducida al castellano, como digna

hermana de *Mireya*—que dió universal fama al poeta,—y aun de competir con ella.

NERTO es, sencillamente, la Provenza medioeval, con cohorte de leyendas y tradiciones; con sus esplendores regionales y sus luchas con el mundo entero al ofrecerse como baluarte del poder temporal de los Papas; con sus cortes de amor; con la pintura de la vida burguesa y de la vida feudal; con todos sus ideales y supersticiones y caballerosas historias.

En una palabra; como tenemos la novela arqueológica de Roma en *Espartaco* y en *Quo vadis*, de Cartago en *Salambó*, de Alejandría en *Afrodita*, poseemos la novela arqueológica de la Provenza y de la Edad Media en NERTO, y tenemos en Mistral, además de un excelso poeta, un concienzudo y verídico historiador de una época y de una raza.

## V

Federico Mistral es además un trabajador incansable. Él mismo nos confiesa en el prefacio de uno de sus libros, que estuvo trabajando siete años en *Mireya*, otros siete en *Calendau*, reuniendo datos, antecedentes, estudiando la psicología y la fisiología de sus personajes,

recorriendo los lugares de la escena de sus poemas. Otro tanto necesitaría espíritu tan pulcro y respetuoso con la fidelidad histórica para escribir NERTO, reconstruyendo tan admirablemente toda una época histórica que no podía improvisar con todo su pasmoso talento poético y su maravillosa intuición artística.

Figuran al lado de NERTO, *Mireya* y *Calendau*, otro poema *Lon Rose*, *Lis Isclo d'or*, hermosa colección de poesías, canciones, poemitas, sonetos y cuentos, los que Dios mediante traduciremos algún día para admiración de los devotos del provenzal ilustre; y su obra monumental *Lou Tresor dou Felibrige*, completísimo diccionario provenzal-francés «archivo y arsenal para los nuevos escritores de la antigua lengua de oc.»

Otra de sus obras magnas es el Museo de Arlés por él fundado y sostenido por él, ayudado por otros ilustres provenzales. La arqueología, el arte, la etnografía, la historia, toda la vida propia antigua y moderna de Provenza tiene en aquel Museo representación plástica.

Un rasgo del poeta: cuando la justicia batiendo sus alas de oro se detuvo en la Provenza y dejó en las manos del autor de NERTO el premio Nobel de la literatura, Mistral, «el soberano del imperio del Sol» como le apellidan los buenos

provenzales, «la cigarra á la que el Sol hace cantar» como él mismo se llama, destinó todo el puñado de oro que la justicia humana dejó caer sobre las albas páginas de sus poemas, para la creación del *Palacio de los Felibres* en el cual instaló en *Museou Arlaten*, «precioso relicario de la tradición familiar y del genio poético de la Provenza. Con «su dinero de poeta» compró el bello palacio de Laval, joya arquitectónica del siglo xv y lo convirtió en Palacio de la Poesía.

«*Mireya* es hija de Provenza; á *Mireya* debo el premio Nobel; sean los miles de francos para la poética región que me inspiró el poema» fué el sublime argumento de su rasgo genial. Acaso la poderosa razón que le forzó á entregar aquel oro á su querida patria, fué que el poeta al ver sus manos, avezadas sólo al peso de su ligera pluma, llenas de oro pesado, macizo é inexpresivo, no supo qué hacer con él en provecho propio... y sin contarle siquiera, sin complacerse con su sonoro tintineo, se apresuró á dárselo á su Provenza, convertido en un Palacio de la Poesía «haciendo un poco de bien» á la vez que dejaba libres sus delicadas manos de poeta para coger otra vez la pluma, carga más ligera, dulce y amada.

Este es Mistral. La cigarra que des-

precia el oro y á quien el sol hace cantar...

## VI

No tengo derecho para prolongar más tu impaciencia, bella lectora, discreto lector. Hora es ya de que penetres en el suntuoso y soberbio edificio cuyas puertas de oro tengo la honra inmerecida de abrirte.

Pero antes escucha: vertí la obra de Mistral, como si el poeta pensándola en provenzal hubiérala escrito en castellano. He respetado los conceptos; pero los vestí con los severos ropajes de nuestra habla; dejé los giros propios del provenzal allí donde podía hacerse sin contraposición á los de nuestra lengua. Esta fué mi labor. Ve; penetra en el magnífico alcázar que abro ante tus ávidos ojos. Olvida al mísero traductor: guarda todo tu respeto y toda tu admiración para el poeta, para el autor de NERTO.

B. MORALES SAN MARTÍN

## NOTA BIBLIOGRÁFICA

*Ya compuesto el estudio de Federico Mistral, debido al ilustre novelista valenciano don B. Morales San Martín, se nos advierte la existencia de una versión castellana de NERTO (editada por la extinguida Casa editorial L. González y C<sup>a</sup>) de la que se hizo un tiraje muy parco.*

*La versión catalana á que alude el señor B. Morales San Martín, es debida al insigne poeta Verdagner, y de ella han aparecido ya dos ediciones.*

UNIVERSIDAD DE NUEVA ORLEANS  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO"

ando 1625 MONTREAL, MEXICO